

Hacer teología para hacer posible un mundo distinto: Una invitación autocrítica latinoamericana

Otto Maduro

Drew University – Madison, NJ 07940-1493, E.U.A.

omaduro@drew.edu

(24 de Enero del 2005)

Síntesis

Como lo sugirió en primerísimo lugar la propia teología latinoamericana de la liberación, toda teología –a sabiendas o no– refleja una experiencia limitada, un punto de vista particular de la realidad. Quizá es tiempo, ya en medio de una tercera generación emergente de teólog@s de la liberación a través del planeta entero, de echar una ojeada a nuestra propia trayectoria y evaluar críticamente qué es lo que nuestra limitada experiencia y nuestro particular punto de vista (en la mayoría de quienes hemos participado en la primera generación de la teología latinoamericana de la liberación) nos ha llevado a olvidar y a dejar sistemáticamente fuera del centro de nuestra propia reflexión teológica hasta ahora.

En este sentido, el ensayo presente es apenas un intento de subrayar ciertos posibles olvidos y complicidades en los que la teología latinoamericana de la liberación frecuentemente participa –sin quererlo, sin saberlo, pero también quizá sin querer saberlo.

Esquema

- . Introducción: Osadía originaria y olvidos ulteriores de la TDLLL.
- . La gente oprimida en la vida real.
- . La persistente opresión por parte de las iglesias.
- . Nuestra subjetividad, corporeidad y sexualidad.
- . La mitad de la humanidad: las mujeres.
- . Lesbianas, gays y otras personas "diferentes".
- . No europe@s y no-cristian@s entre nosotr@s mism@s.
- . El medio ambiente.
- . Las víctimas de los socialismos reales.
- . Conclusión: Humildad ético-epistemológica y pluralidad teológica para *múltiples* mundos posibles.

1. Introducción: Osadía originaria y olvidos ulteriores de la TDLLL.*

A fines de los sesenta del siglo pasado, laic@s, religios@s y pastor@s, protestantes y católic@s –trabajando en comunidades oprimidas a lo largo y ancho de las Américas, compartiendo con frecuencia la opresión y represión que son parte de la vida cotidiana de los pobres del mundo entero– dieron

origen, entre otras cosas, a la teología de la liberación latinoamericana (TDLLL) como *movimiento teológico* explícito y con este nombre, plasmado entonces en los escritos de Gustavo Gutiérrez, Rubem Alves y algunas otras personas.^{i[1]}

Desde entonces, la TDLLL se distinguió de muchas otras teologías críticas de la opresión por una osadía entre otras: La osadía de denunciar y relativizar la teología dominante en nuestras iglesias como una *teología particular*, i.e., como una teología más entre otras posibles; teología cuya pretensión de ser única y perennemente verdadera es una pretensión *particular*, típica de la experiencia *particular* de privilegio y poder de las élites productoras de teologías oficiales.

Como sucedió también por la misma época con la teología negra como *movimiento teológico explícito* en los Estados Unidos^{ii[2]}, y, enseguida, con las teologías feministas, cada teología emergente brinda expresión y justificación religiosa a los anhelos de liberación de alguna comunidad o dimensión humana, reprimida y silenciada hasta entonces por los poderes establecidos. Pero, por lo mismo, cada nueva teología de la liberación que así surge revela subversivamente otra *particularidad* más –hasta entonces invisible– de las teologías dominantes, minando más profundamente aún las ínfulas de verdad, universalidad y unicidad de las teologías predominantes. Así, las teologías de la liberación facilitan, a un número cada vez mayor de líderes y de simples creyentes de muchas iglesias, el reconocer que “el rey está desnudo”, es decir, que las teologías dominantes son teologías que logran *aparecer* como únicas, universales y verdaderas *solamente* porque sus defensores disfrutaban del poder, la autoridad, el apoyo y los recursos necesarios para sostener esa *apariencia* –pero que, en realidad, tales teologías lo que hacen es interpretar la tradición religiosa a la medida, imagen y semejanza de la experiencia, los intereses y los privilegios *particulares* de las élites del poder: es decir, de varones escolarizados adultos urbanos heterosexuales cristianos de familias acomodadas del Atlántico norte. Precisamente por compartir esa experiencia *particular e interesada*, tales élites tienen que percibir cualquier versión de la tradición religiosa diferente de la suya propia como herejía, error, pecado, o –en el mejor de los casos– como una teología *particular*, de poca monta, con muy limitada validez y aplicación.

Así, cada nueva teología de la liberación abre aún más la caja de Pandora de la creatividad teológica, y, junto a la latinoamericana, la negra y la feminista emergen, entre otras, teologías asiáticas, africanas, gays, lesbianas, indígenas, pacifistas, caribeñas, judías, ecológicas, palestinas y otras.

A pesar de los esfuerzos de los encuentros de *Teología en las Américas* y de la Asociación Ecuménica de Teólog@s del Tercer Mundo (EATWOT), y como quizá era humana y tristemente de esperar, cada nueva teología, al expresar, afirmar y defender la legitimidad e importancia de su propio punto de vista *particular*, al esforzarse por fortalecerlo y desarrollarlo, tiende (al igual que las teologías dominantes) a *universalizar* la propia experiencia y perspectiva, y, por ello, a olvidar o silenciar la importancia de otras teologías distintas. Para colmo, como teologías *subalternas* que siguen siendo (puesto que aún no vivimos en la utopía igualitaria del reino de Dios), las teologías de la liberación tienden a *aceptar y reproducir* al menos parte de la ortodoxia dominante –no sólo porque estas concepciones, como *dominantes* que son, han sido involuntariamente interiorizadas también por quienes hacemos teologías de la liberación, sino, además, por la normal búsqueda de legitimidad, tranquilidad y respetabilidad –lo que sólo puede lograrse haciendo concesiones a la ortodoxia dominante y

que puede traer consigo recompensas y privilegios de empleo, publicación, influencia, o, simplemente, una disminución de riesgos, amenazas y peligros. Estas tendencias y tentaciones de toda teología, me parece, también tocan de muy cerca a nuestra TDLLL. Por ello creo importante echar una ojeada a nuestra propia trayectoria y evaluar críticamente cuáles son las opresiones y la gente oprimida que nuestro punto de vista ha llevado a olvidar y a dejar de lado. En lo que sigue, a riesgo de equivocarme y de herir injustamente algunas sensibilidades, quisiera meditar en voz alta sobre algunos de esos probables descuidos, olvidos y silencios de nuestra TDLLL, con la esperanza de que ello sirva para un mejor mundo posible.

2. La gente oprimida en la vida real.

Toda realidad es, probablemente, muy diferente y mucho más compleja de lo que quisiéramos que fuera, de lo que creemos que es, y de lo que pensamos que debería ser. Creo que es bueno reflexionar sobre esto a menudo.

A cualquier persona o comunidad humana nos cuesta, sin duda, ver la diversidad, complejidad, cambios y conflictos de la propia realidad. Más difícil aun nos resulta expresar y analizar críticamente esa complejidad. Todavía más si uno se halla enfrentado en desventaja a los poderes establecidos.

¿Por qué sorprendernos entonces de que nos cueste tanto trabajo ver, reconocer, expresar y analizar críticamente las incoherencias, flaquezas, diversidad, desacuerdos y conflictos presentes en nosotr@s mism@s y entre la gente oprimida con la cual de alguna manera trabajamos y nos identificamos?

Es más cómodo concentrar nuestra atención en las lacras de los poderosos que complicarnos nuestras vidas notando las pequeñas y grandes complejidades nuestras y de la gente más vulnerable con la que trabajamos.

Los oprimidos, los pobres, como humanos que son, son mucho más diversos, creativos e impredecibles de lo que suponen nuestras instituciones, teorías, dirigentes o proyectos de cambio (económicos, religiosos, militares, legales, políticos o culturales). Por ello, en parte, el fracaso de muchos intentos de cambio: por descuidar esa diversidad, creatividad y variabilidad, en lugar de asumirlas como reto esperanzador. Y por ello quizá deberíamos estimular, entre otras cosas, una variedad, creatividad y flexibilidad *teológicas* más atrevidas y arriesgadas que aquellas a la que nos hemos atrevido hasta el presente.

Pero, por otro lado, los oprimidos (no menos que nosotr@s sus aliad@s), también son, como buenos humanos, mucho más vulnerables a la dominación que lo que usualmente reconocen nuestras teologías (y otras teorías) de la liberación. Así, violencia doméstica, explotación y abuso de los débiles, consumismo, individualismo, materialismo, machismo, homofobia, descuido del medio ambiente, racismo, discriminación e intolerancia hallan practicantes y defensores también entre menesterosos y progresistas, y no sólo entre ricos y conservadores. Desconocer tales incongruencias y debilidades, de nuevo, es tan pernicioso como despreciar la creatividad, diversidad y versatilidad de la gente oprimida tal y como es en su vida cotidiana.

Tengo la impresión de que en la TDLLL hemos tendido a menudo a descuidar, desconocer y disimular –con generalidades y simplificaciones– la profunda pluralidad y complejidad de nuestra gente oprimida, así como los enormes contrastes y conflictos (psicológicos, sociales, económicos, emocionales, laborales, raciales, culturales, lingüísticos, educacionales, políticos, religiosos, amorosos, sexuales, de autoridad, etc.) presentes en las familias, comunidades, movimientos, organizaciones, iniciativas y acciones de nuestra gente oprimida.

Esto es comprensible por varias razones. Primero, para enfrentar con esperanzas de éxito la lucha contra la opresión, parece más útil y urgente el consenso que la autocrítica. Al concentrar la mirada crítica en la propia comunidad corremos riesgo de rechazo, exclusión, divisiones debilitantes, más problemas y nuevas derrotas. Y, después de todo, si ya es bien complicado y fatigoso analizar a los poderosos y las relaciones de opresión de las cuales ellos derivan su poder, ¿para qué exponer más el escaso tiempo, la energía y los riesgos a la mano en una tarea tan impredecible y peligrosa como ésta?

Lo triste, me parece, es que en la mayor parte de Latinoamérica estamos hoy más lejos que en los setenta de una sociedad justa y en paz. En parte, esto se debe al talento, los recursos y la perversidad de las élites, sin duda. Pero, *también*, creo que hay motivos para pensar que eso es así por la colaboración a la dominación prestada tanto por los oprimidos como por muchos de sus aliados: colaboración a menudo más inconsciente que consciente, quizá; más por confusión y miedo que por ventajas egoístas, probablemente; más por omisión que por comisión. Cooperación que prestamos, pues, sin querer, sin saberlo, pero quizá también a menudo *sin querer saberlo*: complicidad involuntaria que obstaculiza el alcanzar una vida más digna de ser vivida para un creciente número de personas y comunidades de nuestros tiempos y lugares.

Sugeriría que un reto que emerge hoy para los próximos años es el de reconocer, investigar y reflexionar críticamente, entre otras cosas, la enorme y dinámica complejidad y riqueza de la vida real, cotidiana, tanto de la gente a la cual decimos querer servir, como la de quienes decimos querer servirles.

3. La persistente opresión por parte de las iglesias.

En Latinoamérica y el Caribe han crecido, al menos desde los tempranos 80, la pobreza, el desempleo, el subempleo, las migraciones, la descomposición tanto familiar como comunitaria, la drogadicción, el SIDA y la violencia diaria de pobres contra pobres. Creo que no podemos seguir negando que, al mismo tiempo, la influencia y la importancia de la TDLLL y de las CEBs han *decaído* en toda esta región del globo. Y, a la par, han aumentado aceleradamente el alcance e impacto del pentecostalismo y las religiones afroamericanas –sobre todo entre la población más vulnerable y necesitada.

Resulta paradójico que, precisamente cuando parecen más necesarias que nunca las TDLLLs, las CEBs, las izquierdas, las organizaciones populares progresistas y los sindicatos de trabajadores (por el empobrecimiento y la

inseguridad en aumento en nuestro lado del mundo), es cuando todas estas alternativas parecen declinar más aceleradamente –pese a algunos signos de esperanza que parecen emerger en uno que otro país en los últimos años.

¿Qué falta y qué falla tanto en las iglesias establecidas, protestantes y católicas, como en la TDLLL, las CEBs, las organizaciones populares progresistas y las izquierdas, que hace que cientos de miles de latinoamericanos se aparten de éstas y recurran más bien a iglesias evangélicas y religiones afroamericanas? ¿Qué le brindan éstas últimas a los sectores populares y juveniles del Caribe y Latinoamérica que no se halla fácilmente en las primeras?

Sólo tengo hipótesis para responder fragmentariamente estas preguntas. Creo que la brutal persecución anti-comunista de los 60 a los 80, que asesinó a más de medio millón de personas en Latinoamérica –aterrorizando y torturando a millones más– es parte de la respuesta. Miles de activistas religiosos inspirados por la TDLLL cayeron en ella. Sugeriría, empero, que el prodigioso crecimiento pentecostal y afro-religioso se deben en parte a que estas corrientes ofrecen una dignidad, igualdad, protección y protagonismo raramente accesibles en las iglesias establecidas – sobre todo a quienes son más marginados tanto en la sociedad como en las iglesias: mujeres, negros, indígenas, pobres, analfabetas, desempleados, divorciad@s, adolescentes, madres solteras, drogadictos, etc.

Entretanto, sin desdeñar la maravillosa labor de poner la biblia en manos del pueblo pobre, estimular su lectura comunitaria y personal, y propugnar interpretaciones subversivas de la misma, creo importante marcar, a la par, que protestantismos, pentecostalismos y TDLLs han desarrollado con frecuencia una resistencia –parecida en esto a la de los católicos conservadores– a estimular el reconocimiento y la reflexión crítica sobre el carácter histórico, fragmentario, heterogéneo y contradictorio de los textos bíblicos; sobre la formación arbitraria y conflictiva del canon bíblico, de su supuesta unidad y completitud; en fin, sobre lo presuntiva, provisional, parcial y parcializada que son toda biblia e interpretación bíblica. En su lugar, un tímido paternalismo, entendido como respeto al pueblo creyente, dificulta al laicado pobre la mera posibilidad de aproximarse más abierta, crítica, humilde y creativamente a esa crucial, pero también ambigua herencia de la invasión europea que es el canon bíblico.

Aunque sea de manera mitigada, ¿No es acaso cierto que, al igual que la interpretación bíblica, también la producción teológica, el liderazgo litúrgico, la predicación, la definición y gestión de sacramentos, la administración de personal y bienes religiosos, etc., se mantienen, incluso en la TDLLL, como monopolio de especialistas consagrados al ministerio religioso? Sea por inercia, temor, táctica o convencimiento indiscutido; por comisión u omisión, dejamos usualmente sin cuestionar el monopolio de la producción, reproducción, consumo y distribución de bienes religiosos en manos de una élite generalmente blanca, urbana, masculina, escolarizada, adulta, acomodada y homofóbica. Las excepciones se hallan, precisamente, no tanto en las

TDLLs, ni entre católicos o protestantes, sino más bien entre pentecostales y afro-religiosos.

Cosa parecida pasa con nuestras concepciones de Dios, Jesús, María, santidad, iglesia, salvación, tradición, trinidad o evangelización. Éstas están demasiado amarradas todavía –inclusive en nuestras TDLLs– a esquemas racistas, estructuras patriarcales, relaciones autoritarias, intereses monopólicos y teologías oficiales de las iglesias que nos fueron impuestas por los imperialismos católicos y protestantes.

Hay mucho por hacer aquí para teologías que busquen una profunda *liberación* de nuestros pueblos de las opresiones imperantes hoy en el planeta.

4. Nuestra subjetividad, corporeidad y sexualidad.

Una dimensión crucial de la existencia humana –tan crucial entre pobres y oprimidos como en otros sectores de la sociedad humana– es la que atañe a nuestra subjetividad y a su profunda ligazón con nuestra realidad corporal y nuestra sexualidad. Esta dimensión ha sido muy descuidada y evadida por la mayoría de las teologías de la liberación (dentro y fuera de Latinoamérica). Quizá porque quienes más han disfrutado de tiempo, preparación, autoestima, financiamiento, público cautivo, apoyo institucional, conexiones, y canales de publicación y distribución para producir teologías de la liberación, han sido, principalmente, varones ministros de iglesias cristianas –y en Latinoamérica, sacerdotes católicos, es decir, varones sujetos al celibato sacerdotal, con todas las presiones y limitaciones inherentes a esa condición religiosa *particular*.^{iii[3]}

Si hay algún lugar en el cual las teologías de la liberación necesitan hoy examinarse críticamente a partir de su propia intuición originaria –la de que toda teología es *particular e interesada*, es decir, hondamente marcada por la especificidad de quienes producen tal teología– es justamente en esta área del descuido teológico de nuestra subjetividad, corporalidad y sexualidad.

Toda persona humana, desde la más tierna infancia, se desenvuelve en sus relaciones con el entorno, entre otras cosas, en una complicada dinámica de deseos, necesidades, pulsiones, imágenes, fantasmas, emociones, temores, recuerdos, placeres, frustraciones, prohibiciones, dificultades, anticipaciones, etc. El entorno físico y social puede responder a los movimientos e iniciativas de nuestra parte de maneras más o menos coherentes, o, al contrario, de modo caótico, inesperado. Diferentes personalidades y subjetividades serán posibles dependiendo de esas experiencias. Ambientes que reaccionen de forma más o menos estable harán más factibles consensos comunitarios. Pero tal estabilidad puede a menudo basarse en el dolor y el miedo, con la prohibición y el castigo de ciertas conductas, relaciones, deseos y discursos. Mujeres que deciden salir de un matrimonio abusivo, no casarse o casarse de nuevo; personas atraídas románticamente hacia amistades de su propio sexo; gente cuya pobreza le impide equilibrar hogar y empleo; niñ@s obligad@s por necesidad económica a prostituirse o a traficar con drogas –éstas son usualmente las primeras víctimas sacrificadas en aras del consenso y la estabilidad de la de la comunidad. Y, así, la creatividad y diversidad de la

sociedad se ven entonces restringidas, mientras se estimulan personalidades sumisas, autoritarias, violentas y/o sadomasoquistas.

Nuestra subjetividad, nuestra personalidad, así como las posibilidades y tendencias nuestras con relación a nuestra propia vida individual, a los demás, al futuro y a la trascendencia misma, se verán afectadas de por vida, positiva o negativamente, según los modos como familia, escuela, iglesia, vecindario, empresa y medios de comunicación respondan a nuestras expectativas e inseguridades afectivas, a nuestro erotismo, a nuestra necesidad de caricias amorosas, de palabras reconfortantes, de relaciones sensualmente placenteras con nuestro entorno, con nuestra gente cercana y con nuestro mismo cuerpo.^{iv[4]}

Pero ¿qué hemos hecho hasta hoy en las teologías de la liberación en estas decisivas áreas de la existencia personal y colectiva, subjetiva y erótica?

Seamos honest@s: poco fuera de *descuidarlas, evadirlas, olvidarlas*.

En esto, poco nos diferenciamos en las TDLLLs de las voces oficiales de iglesias católicas, protestantes o pentecostales; de la más conservadora derecha, de los fundamentalismos judíos o islámicos, o, irónicamente, de las ortodoxias marxistas en el poder o en la oposición: nos obstinamos en evadir, eludir, evitar y esquivar este perentorio aspecto de la vida humana.

Desdichadamente, para la gente oprimida y sus defensores este olvido tiene al menos dos tipos de consecuencias negativas.

Por un lado, nos impedimos a nosotr@s mism@s el discernir críticamente y lidiar saludablemente con nuestras propias motivaciones subjetivas para hacer teología al servicio de los desheredados, corriendo el enorme riesgo de servirnos de los oprimidos (en vez de servirles) y de hacer teología a imagen y en función de nuestras propias necesidades, frustraciones y miedos subjetivos. Por otro lado, cuando silenciamos nuestra compleja subjetividad, corporalidad y sexualidad, quizá la peor consecuencia de eso que hacemos y omitimos teológicamente es que entonces contribuimos a reforzar y difundir las estructuras subjetivas que alimentan el autoritarismo, la tortura, la represión, la violencia doméstica y el abuso de los más vulnerables. Sin querer, sin saberlo, sin querer saberlo. Por ello es que es crucial, urgente, mirarnos honestamente a nosotr@s mism@s.

5. La mitad de la humanidad: las mujeres.

Lo hemos oído o leído muchas veces: la mayoría de los pobres son mujeres, la mayoría de las mujeres son pobres, y la gente más pobre entre los pobres son mujeres. Se ha dicho, pero menos: la mayor parte de las víctimas de violencia –tanto en sus familias como en las guerras– son mujeres y niños. A veces se menciona, pero no suficientemente: las mujeres están generalmente excluidas de los núcleos de decisión gubernamental, económica, educacional, religiosa, política, sanitaria, legal, policial y militar. Irónicamente, empero, las mujeres son quienes principalmente forman la mano de obra no-pagada y la peor pagada, así como son mujeres la mayoría de quienes realizan el trabajo más básico en la vida de familias, escuelas, hospitales e iglesias. El grueso de las familias

tiene mujeres a su cabeza, solas con excesiva frecuencia. Curiosamente son las mujeres quienes menos cometen crímenes, violentos o no.

Y, entretanto, la opresión y contribuciones específicas de las mujeres han sido también marginadas, olvidadas o silenciadas por la mayor parte de las teologías de la liberación fuera de las teologías feministas –las cuales, como otros movimientos en defensa de los derechos de las mujeres, son vistas por muchos líderes progresistas, religiosos o ateos, como frivolidades de damas blancas acomodadas sin nada más importante de qué ocuparse.

Una vez más: ¿No es buen tiempo ya de iniciar –en alta, clara, valiente y continua voz– una autocrítica del carácter *particularmente masculino* de la mayoría de las teologías de la liberación en el planeta entero? O, para ser más claro y duro: ¿no es éste el momento de examinar *cómo* la misoginia patriarcal ha contaminado persistentemente no sólo a las teologías dominantes, sino asimismo a mucho de lo que hacemos como teologías de la liberación? No se trata de preguntarse si acaso las ha contaminado, sino *cómo* lo ha hecho, a ver si así podemos comenzar la más difícil labor de transformación de *todas* las teologías de la liberación: la de hacerlas a todas, genuinamente, cada vez más, teologías también feministas –no sólo lo que decimos, sino igualmente en los modos como producimos, difundimos, discutimos y transformamos nuestras teologías.

¿Y si no ahora, cuándo?

En cualquier caso, las teologías feministas, con éste u otro nombre, con o sin apoyo de quienes cultivan otras teologías de la liberación, están presentes, creciendo y marcando rumbos, a lo largo y ancho de Latinoamérica y del resto del mundo.

Parte de lo que creo que nos toca a tod@s reflexionar atentamente a partir de lo que dicen nuestras hermanas desde esas teologías es justamente lo que ellas son capaces de percibir, de intuir, de sospechar, desde su ubicación *particular*: aquello que resulta difícilmente visible desde la particularidad masculina en una sociedad y una iglesia patriarcales.

Me refiero, entre otras cosas, a la manera de entender a la divinidad: menos exterior, anterior, superior, separada y distinta a la existencia humana; más próxima, inmanente, relacional y vital. Menos omnipotente, omnisciente y punitiva; más entrañable, vulnerable, sensible y tierna. Menos Zeus y más Sofía.

Pero también pienso en la manera de entender a la iglesia: menos única e infalible; más abierta, compasiva y solidaria. Menos interesada en definir y poseer una verdad; más interesada en vivirla amorosamente. Menos obcecada con convertir a otras personas y grupos a la propia fe; más preocupada por acompañar, dialogar y compartir con l@s más vulnerables y necesidad@s.

Y, por allí, creo que misión, evangelización, salvación, reino, ética, política y pastoral encuentran todas en las perspectivas teológicas feministas nuevas posibilidades de ser repensadas, reconcebidas y resuscitadas.

Pero, hasta ahora, muchos de quienes hacemos teología de la liberación parecemos sobrecogernos de temor ante tales potencialidades, y preferimos callar al respecto, o contentarnos con citar de pasada a algunas cuantas colegas para no parecer ignorantes, y/o con declarar nuestra solidaridad en la lucha contra el machismo.

Pero quizá de lo que se trata, insisto, es de ir más allá: osar reconocer, criticar y desmontar –con las teologías feministas– los modos cómo patriarcado, colonialismo, racismo y otras formas histórico-sociales de dominación y explotación infiltran nuestras concepciones de Dios, Jesús, iglesia, biblia, salvación, trinidad o evangelización –incluso en mucho de lo que hacemos como teologías de la liberación.

6. Lesbianas, gays y otras personas "diferentes".

Todo grupo subalterno, subordinado, sometido a dominación, se ve casi ineludiblemente obligado –aun en su rebelión y resistencia contra la opresión– a repetir e imitar mucho de la visión dominante. Es la “internalización del opresor” por los oprimidos de la que hablaba, entre otros, Paulo Freire.

Una manera de los rebeldes probarse a sí mismos y a los demás que son más decentes, morales y dignos que los dominantes es siendo “más papistas que el Papa” en ciertos aspectos definidos como cruciales por los propios criterios dominantes. Así, hallamos a menudo en sindicalistas y revolucionarios, junto a una crítica radical de los poderosos en aspectos económicos y políticos, un machismo, un autoritarismo y/o un racismo tan fuerte como en las élites más reaccionarias.

Élites coloniales y criollas acostumbran estereotipar a los oprimidos –no sólo para debilitarlos desautorizándolos, sino también para mostrarse a sí mismas como superiores, moralmente obligadas a imponerse sobre los oprimidos– presentando a los pobres como primitivos o animales, incapaces de controlar sus apetitos sexuales: como prostitutas, homosexuales, polígamos, licenciosos, corrompidos, inmorales y obscenos. O, también, como “poco hombres”.

Quizá por eso, quienes se rebelan contra la opresión económica, política y cultural tienden muchas veces a ser tanto o más rigurosos que los propios opresores, precisamente en ese aspecto de las relaciones sexuales y de género. Para probar que los prejuicios contra los oprimidos son falsos, y para demostrar tanta o mayor autoridad moral que las clases dominantes, se adoptan entonces, exacerbados, los criterios dominantes de moralidad y decencia, reduciendo, por ejemplo, la *moralidad*, a la observancia estricta de ciertos patrones tradicionalmente dominantes en materia de *relaciones sexuales, de identidad sexual y de identidad de género*.

Tal tendencia se observa en muchos movimientos laborales, socialistas, nacionalistas, sindicales y/o revolucionarios a lo largo y ancho de la historia humana. La misma tendencia se reduplica a veces incluso en movimientos

liberadores surgidos dentro de tradiciones religiosas que por siglos han reducido las obligaciones sagradas a códigos de pureza corporal, sexual y/o étnica, olvidando un hecho crucial: que reducir la moralidad a la dimensión sexual es, precisamente, despojar al resto de la vida humana de una dimensión ética; es dejar la industria, el comercio, la banca, la política, la educación, la ciencia, las leyes y la represión gubernamental fuera del debate ético, como terrenos moralmente neutros en manos de “expertos” que ya tienen el control de esos mismos terrenos. Y, al mismo tiempo, es dejar la sexualidad dentro de una camisa de fuerza patriarcal, autoritaria y misógina.

Hoy en día el nuevo chivo expiatorio de la moral dominante son gays y lesbianas. El gobierno del país más poderoso del planeta tiene la prohibición de matrimonios entre personas del mismo sexo como uno de sus temas centrales. El papado coincide con esa obsesión en varios de sus documentos públicos recientes. Varias iglesias están a punto de dividirse alrededor de la discusión del mismo asunto, y muchas convierten la posición que la persona tenga ante la homosexualidad en el *criterio central* para decidir si alguien es buen cristiano o no –pese a que Jesús y los evangelios guardan absoluto silencio sobre el tema.

¿Y las teologías de la liberación, qué dicen al respecto? Con excepción de las teologías feministas, poquísimas son las que se atreven a encarar el asunto, a tomar la defensa de lesbianas y gays, y a criticar sistemáticamente la homofobia de nuestras élites e iglesias. Y menos aún las que se atreven a citar positivamente al creciente número de obras y autor@s en teología de la liberación lesbiana, gay, bisexual y transexual (LGBT).

Una teología valientemente liberadora tiene que tomar en serio, de una buena vez por todas, la defensa de la vida integral de nuestr@s herman@s lesbianas, gays, bisexuales y transexuales; entrar en diálogo abierto, sensible, respetuoso y continuo con las teologías de la liberación LGBT; desarrollar un análisis crítico (histórico, sociológico, antropológico, psicológico, bíblico y teológico) de la homofobia, el heterosexismo y la erotofobia dominantes en nuestras iglesias; y proponer una ética abierta en pro de la vida abundante, amorosa y placentera para la más grande diversidad posible de maneras humanas de vivir la vida en comunidad armoniosa.

Las teologías de la liberación no pueden continuar silenciando el clamor de nuestr@s herman@s LGBT por una vida digna de ser vivida.

7. No europe@s y no-cristian@s entre nosotr@s mism@s.

De tanto vivir, reflexionar y expresar nuestra fe en medios principalmente cristianos, quienes nos hallamos envueltos en las TDLLs tendemos a olvidar que hay otras maneras de creer, vivir, pensar, sentir, celebrar, orar, esperar y amar que las maneras estrictamente y explícitamente *cristianas*. Es más, tendemos a olvidar y silenciar el hecho de que nosotr@s, en nuestras raíces culturales, en nuestra sensibilidad religiosa, en nuestras familias, ancestros y relaciones, y, demasiado a menudo, en nuestra propia espiritualidad *no somos*

solamente cristian@s: somos más y somos otras cosas que exclusivamente cristian@s.

Lo que pasa es que, como colonias europeas que fuimos y que no hemos dejado enteramente de ser (menos ahora bajo la hegemonía estadounidense en la era de la globalización), el cristianismo que conocemos, el cristianismo que nos ha sido impuesto como normal, el cristianismo que tanto nos cuesta criticar a fondo, es un cristianismo *imperial* –y, como tal, autoritario, jerárquico, excluyente e impositivo (muy distinto, sin duda, del ejemplo y la palabra de Jesús de Nazaret).

En este cristianismo dominante, las tradiciones religiosas africanas e indoamericanas son vistas como inferiores e incompatibles con el mensaje de Jesús. Cualquier síntesis creativa entre tales tradiciones y la tradición cristiana es percibida como degradación, no como enriquecimiento del cristianismo, y es prontamente etiquetada peyorativamente como “sincretismo” –como si el cristianismo imperante no fuese él mismo un sincretismo con los símbolos, ritos, creencias, prejuicios e intereses de los sucesivos imperios bajo los cuales se han cobijado las iglesias. Y quienes se aferran a sus propias tradiciones indígenas, sin querer mezcla alguna con el cristianismo, son, en el mejor de los casos, vistos y tratados paternalistamente como imperfectos, equivocados y atrasados.

La TDLLL ha avanzado algo en la crítica de ese imperialismo racista del cristianismo dominante, sin duda. Empero, como lo sugerirían muchas de las teologías asiáticas (surgidas de iglesias minoritarias en sociedades de mayoría budista, confucionista, hindú, musulmana o shinto), al igual que las teologías de las religiones, las teologías ecuménicas y algunas teologías africanas, es mucho más lo que queda por hacer que lo que hemos logrado. Y en este continente de mayoría católica estamos aun en pañales en esta materia.

Latinoamérica no es solamente un continente católico ni simplemente cristiano, y en varios sentidos lo es cada vez menos. Somos, desde milenios, un continente religiosamente plural. Y a pesar de los múltiples esfuerzos, a menudo violentos, de erradicar del continente todo lo que no fuera, antes, catolicismo oficial, y ahora, cristianismo occidental, somos ahora cada vez más variados y diversos religiosamente. Somos religiosamente aborígenes (de unas 2000 culturas originales quedan más de 500 tradiciones espirituales indígenas transformándose y entrecruzándose en nuestro continente); somos también afroamerican@s (con santería, vudú, candomblé, umbanda, palo mayombe, winti y rastafarianismo, creciendo a lo largo y ancho de las Américas); e igualmente somos judíos, musulmanes, budistas, ateos, agnósticos, escépticos, panteístas, panenteístas y muchas otras cosas además de cristianos. Y como cristianos somos cada vez más diversos: católicos, pentecostales, bautistas, metodistas, Testigos de Jehová, mormones, presbiterianos, adventistas, etc. Con frecuencia, a escondidas o no, participamos simultánea, cíclica, sucesiva o esporádicamente de varias de estas tradiciones a lo largo de la semana, el año o la vida individual. Aunque para muchas iglesias cristianas tal variedad espiritual resulte una aberración, y peor aun la multiplicidad de afiliaciones religiosas simultáneas ¿no es acaso

cierto que para much@s de nosotr@s esa pluralidad es enteramente normal, pensable y beneficiosa? ¿No es ésta un área en que los sectores populares han influido y enriquecido a las clases medias –y a la gente joven en general– como en el caso de la medicina, la economía, la música, la política y la sexualidad?

Creo que este terreno de la pluralidad religiosa latinoamericana encierra desafíos fértiles para TDLLs que se atrevan a repensar a fondo las nociones dominantes de revelación, misión, evangelización, iglesia y salvación, osando criticar a fondo la mentalidad autoritaria y exclusivista del cristianismo colonial. Y, más allá de las teologías de la liberación, hay allí material para una reflexión crítica tanto sobre las premisas históricas, sociales y culturales de nuestras maneras de entender la verdad y el conocimiento, como sobre las implicaciones políticas y éticas de nuestras concepciones del conocimiento.

8. El medio ambiente.

Más allá de nuestra corporalidad individual y de nuestra condición específicamente humana, está nuestra corporalidad cósmica, nuestra participación en una naturaleza, un medio ambiente, del cual formamos parte y a partir del cual nos (re)hacemos constantemente. Como lo han sugerido teólogas feministas repetidamente, no “tenemos” un cuerpo: *somos* un cuerpo –y ese cuerpo que somos es parte del cuerpo cósmico que es la naturaleza toda. La naturaleza es (parcialmente) parte de la humanidad y viceversa, y aunque la naturaleza existió y puede volver a existir sin la humanidad, a la humanidad le resultaría imposible vivir sin, fuera, o separada de la naturaleza.

Sin embargo, capitalismo y cristianismo parecen con frecuencia coincidir en una conspiración *contra natura*: ambos tienden a ver en el medio ambiente, en el cosmos, en la naturaleza, apenas un instrumento a ser aprovechado o temido por los seres humanos. Para el cristianismo dominante, la naturaleza es a menudo tentación y peligro, el “mundo”, la “carne” donde impera el demonio: realidad externa a ser dominada y colocada en función de una salvación espiritual ultramundana. Para el capitalismo, el medio ambiente es instrumento de producción, materia prima para la salvación material intramundana: es decir, herramienta para el enriquecimiento de quien más poder tenga para lograr riqueza. Para ambos, la destrucción del medio ambiente no tiene mayor importancia, o bien porque ante la salvación de las almas la naturaleza es una realidad inferior, secundaria, pasajera; o bien porque para la búsqueda de la riqueza individual poco importa lo que le quede a las generaciones venideras. Para la teología de la prosperidad, Dios proveerá a su pueblo y no hay por qué preocuparse por esos detalles sin importancia. Para la teología del Armagedón el fin está próximo, y la destrucción y la guerra no son sino signos de la inminente y deseada venida del Mesías.

Entretanto, quienes más contaminan aguas, tierras, aire y alimentos son, precisamente, quienes más se benefician y consumen los productos de la economía globalizada: los Estados Unidos. Y quienes más sufren los efectos de la contaminación –incluso en los mismos Estados Unidos– son quienes viven en las comunidades más pobres de la tierra, especialmente l@s más

vulnerables de entre los pobres: l@s niñ@s. Es decir, quienes menos tienen acceso a buena atención médica, buena alimentación, viviendas sanas, empleos seguros, recursos para mudarse cuando su salud se los exija, buena educación, asistencia legal y otros privilegios; quienes menos se benefician de los productos de la economía globalizada, son precisamente quienes más sufren los efectos de la contaminación ambiental. Basura radioactiva, desechos tóxicos, aguas envenenadas; alimentos con pesticidas, herbicidas, hormonas, antibióticos, sabores y colorantes artificiales; medicinas cuya venta y consumo se prohíben en el primer mundo (pero permitiendo su producción para la exportación) –todo esto pasa a ser parte creciente de la dieta diaria de la gente pobre.

Entretanto, compañías transnacionales se apoderan de aguas sanas, patentan genes vegetales y animales, compran bosques, ríos y lagos; adquieren derechos exclusivos en hidroeléctricas, medios de comunicación y transporte; ponen todo en función de maximizar sus lucros, haciendo los medios para una vida sana cada vez más inaccesibles hasta para sus propios hij@s.

¿Hay acaso cuestión ética más importante y urgente para una teología de la liberación en cualquier lugar del mundo que la de esta privatización, explotación y destrucción imperial-capitalistas del medio ambiente? ¿Hay cuestión más *social* hoy día que la cuestión de la naturaleza? Lo dudo.

Y, sin embargo salvo algunas pocas e importantes voces en Brasil y Costa Rica, no parece aun haberse roto de manera significativa el descuido de la TDLLL sobre la cuestión ecológica.

Creo que parte de lo que sucede –además del paralizante impacto de la pobreza creciente en casi todos los países del planeta desde hace más de 20 años– es que seguimos inconscientemente prisioneros de visiones dualistas que separan y oponen naturaleza y cultura, política y ecología, salvación y cosmos, tierra y cielo, cuerpo y alma; y aun vemos a los movimientos ecológicos como si fueran sólo iniciativas de jóvenes blanquitos acomodados del Norte sin pobreza o violencia de las cuales preocuparse.

Pero me parece que ya es buen tiempo de entrar en conversación seria, duradera y sincera con los movimientos ecológicos del mundo entero.

9. Las víctimas de los socialismos reales.

Como en muchas otras TDLLs, también en la latinoamericana nos hemos inclinado a ver en los movimientos, ideologías y gobiernos socialistas –del tercer mundo en primer lugar– sólo la esperanza de lo bueno, promisorio y positivo, descuidando o minimizando lo peligroso, negativo o destructivo que pueda también haber en muchos movimientos, ideologías y gobiernos socialistas.

Eso puede ser, por muchas razones, comprensible –sobre todo cuando parece no haber ya ni salida ni esperanza para las mayorías pobres de nuestros

países. Sin embargo, lo desgraciadamente cierto es que esa falta de atención crítica a fallas, errores, tentaciones y riesgos de gobernantes, teorías y partidos socialistas, a lo único que contribuye es a hacerlos más graves e irreversibles.

Ningún movimiento religioso está vacunado contra la tendencia a sacralizar lo profano, absolutizar lo relativo, o universalizar lo particular. Eso lo hemos visto, denunciado y analizado críticamente en las teologías dominantes tradicionales. Pero, hasta cierto punto, muchos de quienes estamos envueltos en la TDLLL hemos hecho no pocas veces algo parecido con grupos, dirigentes y doctrinas socialistas: por ejemplo, con la revolución cubana, el sandinismo, el FMLN, Aristide, y a veces hasta con la vieja URSS, China o Corea del Norte.

Cierto, con tan pocas esperanzas de ver nuestros sueños de justicia y paz realizados a corto plazo, de modo significativo y duradero, es fácil, demasiado humano, ver como amigos sin defectos a “los enemigos de nuestros enemigos”, ver como realidades sus declaraciones y promesas novedosas, ver sólo lo positivo en quienes tienen el arrojo de enfrentarse a los poderes establecidos, y olvidar que no existe persona ni comunidad humana enteramente blindada contra la desesperanza, el egoísmo y la fuerza corruptora del poder. Ni existe doctrina alguna que –con suficiente tiempo, ingenio y poder– no pueda ser puesta al servicio de fines exactamente opuestos a aquéllos para los cuales tal doctrina fue originalmente creada, tal y como la TDLLL percibió y criticó en la historia de la interpretación del mensaje de Jesús, la historia de las iglesias y la historia de los cristianos en el poder político y militar.

Los socialismos reales han tenido, tienen y tendrán no sólo benefactores y beneficiarios, sino también víctimas y victimarios. Tantos más victimarios y víctimas cuanto más recursos tengan los gobernantes y menos tengan sus críticos potenciales; tantas más víctimas y victimarios cuantos más años pasen en el poder los mismos gobernantes; tantas más víctimas y victimarios cuanto menores sean las posibilidades legales, pacíficas y abiertas de denunciar, llevar a juicio, castigar y sustituir a quienes ocupan las posiciones dirigentes.

Una auténtica teología de la liberación tendría que luchar por recordar, resguardar y ejercer frente a los socialismos reales no el rol de voceros del régimen, sino el de apoyo condicional y crítico, desprendido y altruista, atentos siempre a los más necesitados, vulnerables y desvalidos, haciéndose voz de los sin voz, buscando y protegiendo a las víctimas de injusticia, abuso y exclusión. Por supuesto, eso implica desventajas, riesgos y dolor incesantes –y nadie quiere eso cuando ha logrado un avance significativo en la lucha contra la injusticia. Más fácil es ver y apoyar lo que parece bueno, justificar lo desafortunadamente inevitable y negativo, e ignorar y olvidar lo demás.

¿En qué consistiría una opción liberadora por los oprimidos frente a la realidad cubana de hoy, frente a un Fidel que lleva más años en el poder que ningún otro gobernante en el planeta y quien ni pide ni tolera críticas, ni siquiera de sus mejores y más leales amigos? ¿Acaso en callar y olvidar? No creo.

Ciertamente, no es fácil, al mismísimo tiempo, oponerse al apartheid global al que nos someten los E.U.A. y del que forma parte el bloqueo a Cuba; criticar, por otro lado, el autoritarismo, la autocracia y los abusos de los líderes cubanos, apoyar las críticas del imperio estadounidense que el mismo régimen cubano hace, defender a quienes desde las cárceles cubanas critican las graves injusticias perpetradas por el gobierno cubano, y, junto a ello, apoyar los muy positivos logros de la revolución cubana en educación, salud, vivienda, transporte, y alimentación, que los líderes del exilio cubano en Miami rara vez reconocerán y que hoy se desmoronan aceleradamente. No, no es nada fácil hacer todo eso simultáneamente, ni sirve para aumentar las amistades, los privilegios o las ayudas. Al contrario. Pero quizá de algo así es que se trata cuando se sabe que crecen, de uno y otro lado, las víctimas de abusos, racismo, homofobia, exclusión, desempleo, hambre, sectarismo, autoritarismo, desigualdad e intolerancia. Aunque nos duela y nos debilite las esperanzas.

10. Conclusión: Humildad ético-epistemológica y pluralidad teológica para *múltiples* mundos posibles.

He tratado en estas líneas de echar una ojeada crítica a la trayectoria de la TDLLL, evaluando algunos aspectos en los que nuestra limitada experiencia y nuestro particular punto de vista (de quienes hemos participado en la primera generación de la teología latinoamericana de la liberación) nos ha llevado a descuidar, olvidar y silenciar *otras opresiones y otros oprimidos* que los que están en el centro nuestra propia reflexión teológica hasta ahora.

Quiero cerrar estas reflexiones subrayando una idea que de alguna manera está presente a través de todo lo dicho.

La realidad de la que somos parte es infinitamente rica, compleja y cambiante. Nuestra capacidad de conocerla, comprenderla y transformarla es extremadamente limitada. Lo que podemos llegar a conocer es en realidad mucho menos de lo que nos rodea, y, en todo caso, lo conocemos de manera parcial, parcializada, presuntiva y provisional. En cambio, lo que desconocemos e ignoramos es prácticamente infinito. Sin embargo, al mismo tiempo, nuestra necesidad de claridad y certeza nos lleva constantemente a olvidar esas limitaciones, a absolutizar y universalizar nuestra percepción de la realidad, a cerrarnos a otras miradas sobre la realidad.

Una teología humilde y valientemente consciente de esas limitaciones y tentaciones de nuestro conocimiento tiene la obligación ética de preguntarse continuamente qué aspectos y novedades de la realidad circundante estamos ignorando, cuáles experiencias y clamores estamos desoyendo, a quiénes estamos olvidando, quiénes son las posibles víctimas de nuestra manera de ver y de transformar las cosas. Por eso subrayo la necesidad de una honda humildad ético-epistemológica: reconocer la finitud, la falibilidad, la provisionalidad de nuestro conocimiento, y, por lo tanto, la consecuente obligación en la que nos hallamos de dudar, revisar, cuestionar, repensar y criticar constantemente lo que creemos saber y lo que hacemos con ese saber en nuestras relaciones con el resto de la gente. O, dicho de otro modo, me refiero a la exigencia de buscar y escuchar, atenta y pacientemente, a quienes

vienen de otras experiencias, con otros puntos de vista y apreciaciones de la realidad, especialmente si los vemos como gente sin importancia, absurda o molesta –pues quizá es sólo en ese contraste que lograremos captar las limitaciones, contradicciones fallas, incoherencias y vacíos de nuestro enfoque de la realidad.

Quizá esa humildad ético-epistemológica haga posible abrazar la *pluralidad de religiones, iglesias y teologías* no como un defecto, sino como una bendición; no como un escollo a superar, sino como una meta a lograr; no como una consecuencia solamente de una humanidad dividida por egoísmos y opresión, sino, asimismo, como el resultado de la rica variedad, la inagotable creatividad, la infinita imaginación, la multiplicidad de experiencias y la caleidoscópica multidimensionalidad humanas.

Y quizá a partir del abrazo amoroso de esa diversidad religiosa, eclesial y teológica sea más factible imaginar que de lo que se trata no es quizá de buscar *un* mundo posible; que quizá buena parte de nuestros males provienen de imperios e ideologías obcecadas en *unificar* a la fuerza a la pluralidad de historias, culturas, comunidades y maneras de ser humanas; que quizá habría que sumarse a quienes sueñan con una *multiplicidad simultánea* de mundos posibles, de maneras de ser gente, de modos de organizarse en comunidad, de relacionarse con la divinidad, de vivir eróticamente la sensualidad, de expresar la percepción de la realidad, de comunicarnos con otras personas, de celebrar la experiencia vital, de estructurarse para procrear y cuidar nuevas vidas, de sentir, creer, esperar, amar, crear, pelearse, curarse, reconciliarse y soñar.

En todo caso, como buen caribeño cada vez más contento de serlo, prefiero abrazar con incertidumbre el caos festivo y la multiplicidad centrífuga de divinidades, religiones, iglesias y teologías que someterme a la gris certeza de *una* verdad establecida, *una* interpretación de *una* biblia, *una* creencia en *un* dios, *una* religión, *una* iglesia, *una* sola teología de la liberación.

Ojalá y esta opción mía no traiga más víctimas que las opciones a las que, por ahora, prefiero renunciar.

*Quiero agradecer aquí a mi compatriota y amiga Matilde Moros por haber tomado el tiempo para hacer una lectura crítica de la primera versión de esta charla.

^[1] Esto es si ubicamos el “despegue” del movimiento en la publicación y difusión de los textos más decisivos de Gustavo Gutiérrez, Rubem Alves, y otras personas menos conocidas, al final de los años sesenta. Pero es preciso, por una parte, reconocer la raíces múltiples, complejas y profundas de las teologías de la liberación, y, por otra, no reducirlas simplista y elitescamente a la teología escrita, publicada y reconocida en textos académicamente aceptados. Muchas de las ideas de las teologías de la liberación se pueden encontrar, de alguna manera, en tradiciones, grupos y personas muy anteriores (y no tan anteriores también) al movimiento de la TDLLL como tal, no sólo en Latinoamérica sino también fuera de ella.

ii^[2] De nuevo, si situamos el nacimiento de la teología negra de la liberación como movimiento teológico en el momento en que James Cone publica *A Black Theology of Liberation*, pero subrayando que muchas de las ideas que allí se plasman tienen antecedentes al menos desde las luchas de los esclavos hasta el movimiento por los derechos civiles.

iii^[3] Y en este sentido, de lo que se trata aquí es de un caso particular del hecho más general de que mientras son varones quienes encabezan, deciden, escriben y se benefician de las principales instituciones de la sociedad, ello lo hacemos –y lo podemos hacer– porque hay quienes, sin disfrutar los privilegios inherentes a esas posiciones y actividades, producen y mantienen condiciones de vida que permiten esos privilegios nuestros: trabajadoras/es manuales en general y en particular mujeres (madres, esposas, hijas y criadas entre otras) cuyas perspectivas se ven socialmente silenciadas.

iv^[4] Desafortunadamente, un modo como tales necesidades son satisfechas por individuos y grupos con mayor poder que otros, es mediante el abuso y la explotación de la corporalidad y la sexualidad de la gente más vulnerable (por edad, género o clase). Silenciar la sexualidad, pues, incluye también (como me lo ha recordado Matilde Moros) el negarle a muchas personas, sobre todo a mujeres, la posibilidad de denunciar y combatir las consecuencias destructivas de una sexualidad subordinada: el placer negado o forzado, los tabúes y prohibiciones impuestos, las violaciones y otras formas de violencia sexual, las enfermedades transmitidas a la fuerza o por engaño, los embarazos y partos no escogidos, el dolor físico infligido, etc. ¿Por qué voces *diferentes* como las de Marcella Althaus-Reid o Tom Hanks o Ivone Gebara se escuchan y citan tan poco en los medios de la TDLLL?